

de la noche, y apenas podía yo conversar con Linilla unos cuantos minutos, y eso delante de las tías 6 del P. Herrera....

La víspera del viaje no tuve que ir al despacho. Era domingo, y me estuve en casa todo el día. El P. Herrera se fué á comer con su grande y buen amigo el P. Solís, tía Pepa no se separó de la enferma en toda la tarde, y Angelina y yo nos la pasamos en el jardín, sentados al pie de los naranjos.

—Este,—me decía la doncella, haciendo un ramillete—será el último... ¿Quién nos asegura que nos volveremos á ver? ¿Quién me asegura que volveré á esta casa, donde he pasado los días más felices de mi vida? Me separo de tí, y no me sorprende la separación. Así la esperé, así la temí, no sólo porque debía yo volver al lado de mi papá, sino porque desde niña me persigue la desgracia. He aprendido en la escuela del dolor que toda dicha, toda felicidad es pasajera, fugitiva, efímera. Te amo y te amaré hasta la hora de morir, hasta después de muerta. Pues bien, no fio en tu cariño.... Acaso me olvides; ojos que no ven, corazón que no siente.... Todos los sentimientos son mudables, y el amor que yo te he inspirado, amor que hoy te parece firme y duradero, mañana, cuando ya no me tengas cerca de tí, cuando la pena que hoy te abate se disipe, ese amor irá languideciendo poco á poco, se extinguirá, y aunque conserves de tu Linilla un grato recuerdo, será preciso que pongas tus ojos y tu corazón en otra mujer. Pero, óyelo, óyelo, ninguna te amará como yo; ninguna tendrá para tí este amor que encadena mi alma á la tuya, amor que es en mí dicha y desgracia. Se ha hecho dueño de mi corazón, le ha dominado por completo, y ahora, y siempre, será objeto de todos mis anhelos, consueño mío en todas las horas de dolor.

—Angelina, no hables así; mira que me atormentas.

—A pura hasta las heces el cáliz del dolor. Padece, sí, padece, lo sé muy bien, tus ojos están húmedos.... Lloro, no te avergüences de llorar; pero no llores porque me voy, llora porque me has de olvidar. Miras el porvenir triste y sombrío, y te dices: "No hay esperanza!" ¿Y quién te asegura que esa obscuridad no se tornará mañana en espléndido día? Aunque crees que en la vida no hay más que tinieblas, la idea de plácido crepúsculo te hace sonreír, y cuando sueñas con días mejores, ya no piensas en tu pobre Linilla, en la huérfana desventurada.... ¿A qué negarlo? No es verdad que á solas, en la soledad de tu pensamiento, miras luminosos días de incomparable felicidad? Sí, y entonces.... no piensas en mí! Tienes razón. A qué pensar en la infeliz muchacha á quien tanto amas, porque me amas, sí, me amas con toda tu alma.... A qué pensar en esta huérfana que no puede satisfacer sus ambiciones, ni corresponder á ese porvenir con que sueñas á todas horas? Rorró: no olvides lo que te digo hoy, en vísperas de separarme de tí: me olvidarás, y acaso muy pronto,—yo no te olvidaré. Ya sé lo que vas á contestarme, ya lo sé; pero no lo digas, óyelo de mis labios: "Pues si estás segura de que te olvidaré, ¿por qué no rompes ahora mismo los lazos que nos unen?"

—Sí, Linilla, eso digo.

—¿Por qué? Porque tu amor es mi vida, y quiero vivir, quiero vivir, para amarte, para verte dichoso. ¿Quieres que yo misma aumente mis penas? ¿Quieres que te olvide? ¡Si no puedo, si no puedo!.... Déjame vivir en la vida; deja que tu Angelina se crea dichosa. Presiento el desengaño, le veo venir; ¡qué negro! pero no quiero verle, y busco en tus ojos luz de amor perenne, amor que no acabe, amor que viva siempre!.... Una cosa voy á pedirte.... No una, dos.

—¿Cuanto quieras, Linilla!

—Primero: que cuando me olvides procures guardar en lo más hondo de tu corazón, allí donde no haya nada de otra mujer, un poquito de cariño para mí, un poquito nada más.... para que cuando padezcas y llores puedas decir pensando en mí: "Angelina, consuélamel!"

—¿Y qué otra cosa?

—Otra.... —me respondió, sonriendo con inmensa tristeza.—Esto....

Y poniendo su trémula mano en mi cabeza alisó mis desordenados cabellos, y mostrándome unas tijeras me dijo dulcemente, en voz baja, como si temiese ser oída:

—¿Corta?  
—Corta.

XXXV

En vano charló el P. Herrera esa noche. Nos contó memorias de su vida estudiantil; pero no consiguió alegrarnos, y cuenta que el buen anciano tenía mucha gracia para conversar. Todos estábamos tristes, él mismo participaba, en cierto modo, de nuestra tristeza. La enferma llamó á Angelina, y le dijo:

—Niña, ven á platicar conmigo; mañana te vas, y acaso no volverás á verme, porque, desengañate, hija, mi mal no tiene remedio. El Doctor dice que nervios, pero yo no creo nada de eso. El mejor día sabrás que me he muerto.... Pero, niña, no hablemos de eso; siéntate aquí, á mi lado. Voy á pedirte un favor. Mañana no te despidas de mí. Si Dios quiere darme algunos meses de vida, cuando vengas, después de Semana Santa, me verás. Y ya lo sabes, no irás á otra parte, no, porque nos darías un pesar muy grande. Ya sabes que esta es tu casa. Nosotras te queremos mucho, mucho, y vivimos muy agradecidas á tus bondades. Porque, dime, ¡qué necesidad tenías tú de convertirte en enfermera para cuidar de esta vieja achacosa! No, ya se lo dije al señor Cura, que cuando vuelvan á Villaverde vengan á esta casa, á esta pobre casa que es suya. Nosotras te queremos mucho, y Rodolfo lo mismo, me lo ha dicho muchas veces, te quiere como á una hermana.

Y cuando llegó la hora de recogerse, le dijo:

—¿Carraste ya los baúles? ¿No? Pues mira: toma la llave y abre mi ropero para que saques una cosa. Llévate la vela; yo te diré lo que quiero....

Angelina la obedeció.

—No hay allí una cajita de laca, una cajita negra.... Pues, sácala. Abrela aquí, delante de mí. En ella encontrarás un paquete de retratos.

Angelina hizo lo que deseaba la tía Carmen.

Era una colección de retratos de familia. —Ahora, niña, toma uno mío, otro de Pepa, y otro de Rodolfo. De Rodolfo hay uno que no quiero darte, uno que ya conoces, de cuando era chiquito, uno en que está jugando con un aro. Ese no; de los demás el que tú quieras.

Después le regaló unos pañuelos de seda, y un abanico japonés.

—Este abanico no es de moda, lo sé bien, pero dicen que es una pieza de mucho mérito, legítima de China. Consérvalo como un recuerdo de nosotras. Nos escribirás de cuando en cuando, ¿no es verdad? Nosotras también. Cuando Pepa no esté para eso, lo hará Rorró. Ahora, dame un abrazo, y acuéstate. Llama á Pepa. Me parece que el señor Cura ya está en su cuarto.

El sacerdote se había retirado á su habitación. Debía salir muy de mañana y no quería desvelarse.

Salí al corredor. Espléndida noche, una noche invernal por lo serena, limpia de nubes y pródiga en luceros, semejante á aquella que pareció participar de mi dicha después de que la joven confesó que me amaba.

Sentado en un viejo sillón que perteneció á mi abuelo pensaba yo en Angelina. No la veíamos más en aquel patio ni en aquellos corredores, cuidando de los pajarillos y de las plantas. Galanas, frondosas, al llegar la primavera, nuestras flores queridas, las que nosotros plantamos, de las cuales esperábamos Linilla y yo pruebas maravillosas de amorosa fidelidad, no lucían para mi amada sus perfumadas corolas, ninguna de ellas adornaría los negros cabellos de la niña. ¡Adiós alegría! Se iba con ella, y, acaso, para no volver más! Nos quedaríamos llorosos, abatidos, malhumorados, echando de menos á la pobre huérfana.

faña cuya hermosa y modesta juventud había sido para nuestra pobre casa, siempre triste y sombría, como un rayo de sol.

Silbaban los insectos nocturnos en lo más escondido de los follajes; los floripondios, mecidos por el viento, columpiaban pesadamente sus campanas de raso, el huelle de noche no tenía aromas, y el agua corría silenciosa por el sumidero del pilón. De pronto arreció el viento, me estremecí de frío, y cerré los ojos. No sé cuanto tiempo estuve así, adormecido, abrumado de pesar. Me dolía el corazón.... Sentí que me tocaban en el hombro, y que me decían quedito, muy quedito:

—Rodolfo.... Rodolfo.

Era Linilla.

—Ya todos se han recogido—murmuró—y he venido á decirte adiós, porque no quiero verte mañana.

—No quieres verme!

—No; me sería imposible salir de aquí.... no podría yo contener mis lágrimas. Finge que estás dormido, que estás enfermo, que no quieres levantarte, lo que sea mejor, pero no salgas.

—Siéntate aquí, á mi lado, en esta silla.

—No, Rorró. Me voy y no sé cuando volveré. ¿Irás á verme? Sí, ¿no es verdad? Me escribirás.... Llévate tu retrato y te miraré á todas horas, y leeré tus cartas hasta que las sepa de memoria. No dejes de escribirme, te lo ruego, y ámate, ámate, como yo te amo. Piensa que he sido muy desgraciada, que estoy sola, casi sola en el mundo, porque el santo anciano que ha sido para mí un verdadero padre, vivirá poco, y el día que me falte.... Antes de conocerte, él era mi único amor, y me decía yo: mientras mi papá viva yo viviré, después.... ¿para qué? Ahora pienso en eso, y quiero vivir, quiero vivir para tí, para amarte, para ser amada! Te dije que me olvidarás, que me olvidarías.... no, Rodolfo, no me olvides; no me olvidarás.... porque no debes, no puedes olvidarme. Te amo ha sido la única felicidad de mi vida, y no puedo perderle.... ¡Siquiera eso para esta pobre huérfana! No; el cielo no permitirá que me olvides....

Verdad que no es posible? Piensa en mí, habla de mí, á todas horas, con tus tías, con señora Juana, con cualquiera.... Quiero estar siempre en tu corazón; quiero estar á todas horas en tu pensamiento; ir contigo á todas partes. Piensa en mí cuando trabajes, cuando leas, cuando reces.... ¡Hasta cuando duermas!.... Sueña conmigo, sueña con tu Linilla....

No pudo más. El llanto la ahogaba. Se echó en mis brazos, y reclinó su cabeza sobre la mía. Sollozaba.... Quería hablar y no podía. Tomó mi mano, la estrechó fuertemente, y me la besaba con efusión infantil.

Después de largo rato de silencio hizo un esfuerzo, y fatigada, como si le oprimieran el pecho, me dijo, alargándome un objeto que sacó del bolsillo del delante:

—Toma: es una medallita; la he llevado al cuello desde niña, me la puso mi madre, y me la he quitado para dártela.... Ahora, dime adiós, y perdona si mi cariño es causa de amarguras para tí....

Iba yo á detenerla. Me apartó dulcemente, y se retiró paso á paso.

XXXVI

Volví entonces á mis paseos favoritos, todas las mañanas y todas las tardes, antes y después de ir al despacho del juriconsulto. Recorrí otra vez las orillas del Pedregoso y subí cien veces á la colina del Escobillar. En todos los álamos del río gravé las iniciales de Linilla, ó una sola letra, una L, para que me recordaran á cada paso el nombre de mi amada. Pero mi sitio predilecto era la Peña más alta de la colina. Desde allí descubría yo las cumbres más elevadas de la Sierra. Detrás de una de ellas estaba el pueblo de San Sebastián donde moraba la pobre niña. Me pasaba yo largas horas en aquel sitio, siguiendo con mirada curiosa las nubes ó los girones de niebla que iban hacia allá impulsados por el viento; y me complacía en contemplar cómo se apagaban poco á poco, en los picos de

aquellas montañas, las últimas lincas del moribundo día. De noche me echaba yo á vagar por las últimas calles de la ciudad, ó iba á sentarme en el cementerio de San Antonio, al pie de un ciprés, cerca del lugar en que Angelina me dijo, cuando le pregunté si me amaría siempre:

—Como hoy, como mañana, hasta después de muerta!

Desde allí se domina toda la parte meridional del valle, limitado por las montañas de la Sierra, sobre las cuales desplegaba el cielo de invierno sus incomparables constelaciones, Orión, el Can, y el Navio, entre cuyos mástilos centellaba el soberbio Canopo. Pero las noches oscuras eran más hermosas para mí. Volaba mi pensamiento á través de las sombras en busca de la humilde casa caral; me imaginaba yo que estaba allí, en la modesta salita, cerca del sacerdote, y al lado de Angelina. Asistía yo á la partida de ajedrez, ó á la sesión de lectura. El anciano en su sillón; Angelina á un lado, cerca de la mesa, á la luz de una lámpara, con un libro en las manos. Si hasta me parecía oír aquella voz argentina, insinuante, sugestiva, que sonaba en mis oídos como el canto de una harpa célica.

Algunas noches en que la tempestad alumbraba con cárdenos reflejos las cumbres de la serranía, me complacía yo en admirar los fuegos de la tormenta, los relámpagos que se sucedían sin cesar, con el estrépito de mil truenos que, repetidos por los ecos, aumentaban la grandeza de aquel espectáculo celeste, como si á toda carrera cruzaran por el cielo cien trenes de guerra al estallido de mil y mil cañones.

Se alejaba la tempestad, se despejaba el firmamento, asomaba la luna, y las nubes, antes aterradoras y negras, se convertían en blancos celajes orlados de plumas, de blondas, de argentados flecos; en veleros esquifes, en góndolas de nácar; en cisnes maravillosos, de cuello enhiesto y alas erguidas, que bogaban en un golfo de aguas limpias salpicado de estrellas.

¿Quién estuviera allí! ¿Quién bogara como ellos hacia esos valles perdidos en los repliegues de la cordillera! ¿Quién pudiera seguirlos en sus giros misteriosos! A esa hora dormían las aves, callaban los vientos, y sólo se oía en las vertientes, en los barrancos, en los desfiladeros, el aliento de las selvas, el pavoroso respirar de los bosques.

Una mañana se presentó en casa el Dr. Sarmiento; iba muy de prisa, muy de prisa; llamó á la puerta, y dijo á señora Juana:

—¿Rodolfo? ¿No está en casa? Pues ¡ca! decirle que le espero esta noche, que lo necesito! ¿eh?

No me hice esperar. Cuando llegué, el facultativo estaba en su gabinete, hojeando no sé qué libracos.

—Vaya, muchacho, llegas á buena hora; cenarás conmigo. Tengo buenas noticias para tí.... Vamos, siéntate, charlaremos un rato. ¿Cómo están por allá? Pasando, ¿no es eso? Mal vamos, hijo; doña Carmen anda mal, muy mal; la ida de esa chiquilla nos va á dar un disgusto. Ya lo sabes: alegría, distracción.

—¿Alegría?

—Sí, alegría....

—En mi casa no puede haber eso....

—Pues mira lo que haces; dile á tu tía Pepa que procure distraer á su hermana. El otro día llegué, y me las encontré llorando, llorando á lágrima viva. ¿Qué pasa?—preguntó—Nada; que Angelina se fué.... Pero ya verás, muchacho, cómo todo eso pasa; lo que es ahora cuando llegues, ya verás.... ¡buen rato vas á darle!

—¿Por qué, Doctor?

—Ya vino Fernández.... hablé con él, y me dijo que el quince de Abril te espera en la hacienda. Mañana saldrá para allá con toda la familia.... Es cosa hecha; allí tendrás una colocación muy regular.... Avisa á Castro.... No más alegatos; no más chismes ni pláticas. Ya dije á ese caballero que no entiendes jota del negocio, pero que aprenderás. Buena persona! ¡Muy buena persona! Procura verlo

mañana, antes de medio día; le darás esta tarjeta.... y.... ¡isto! Ahora al comedor....

Quando llegó á mi casa me dió un vuelco el corazón. Entré, y tía Pepilla salió á mi encuentro.

—Rorró! ¡Rorró! Mira.... y me enseñaba una carta.

—¿Qué es eso?

—Mira.... ¡una carta!

—¿De Angelina?

—De Angelina.... Vamos á ver qué te dice....

—Sí, tía; pero después de que yo la lea....

—Como tú quieras, Rorró....—contestó sonriendo.

Corrí á mi cuarto, encendí el quinqué, y, preso de hondísima emoción, leí la carta.

MI tía pretendía en vano disimular su impaciencia.

—¿Qué dice....

—Vamos, tía, calma, calma! Voy á leerla; pero que tía Carmen la oiga también....

Linilla previó el caso, y escribió dos cartas: una para que pudiera yo leerla delante de mis tías; la otra para mí, sólo para mí.

¡Con qué alegría recibí en las buenas ancianas la carta de la joven! Cuando acabé la lectura estaban llorando.

Quería yo estar solo, y corrí á mi cuarto.... ¡Decírselas que tenía yo empleo en la hacienda de Santa Clara! ¿Quién pensaba en eso!

La carta de Angelina decía así:

(Continuará.)

MAGDALENA.

I

Cesó el festín.... Las vibradoras cítaras Recogen sus dulcísimos acordes Tornando todo á la quietud serena.

Y como al soplo de una brisa pálida Plega la flor sus delicados bordes, Se duerme, fatigada, Magdalena.

Duerme indolente, sin pensar que hay lágrimas Y penas en el mundo y amargura: Olvidada de Dios y sus deberes.

Duerme, sí; ¿qué le importa el mundo misero Si ella bebe á raudales la dulzura En la copa de miel de los placeres?....

II

Los días han pasado; miradla qué abatida Se encuentra Magdalena. Su frente antes erguida Parece que la oprime la mano del dolor.

Sus lágrimas revelan del alma la tristeza: Las rosas y los nardos que ornaban su cabeza Reposan á sus plantas, sin brillo y sin olor.

¿Qué tiene? ¿Por qué sufre la bella pecadora? ¿Qué gracias tiempos desdichados anublan hoy la aurora Que ayer nomás lanzaba brillante claridad?

¿Por qué ya fatigados, y por el llanto rojos Relampagos no tienen aquellos negros ojos Donde otra vez perdiera la luz su libertad?

Ha visto, ha oído á un hombre de dulce continente, Hermoso como el ángel. En cuya limpia frente La lumbré del Eterno reverberar se vé.

De cuyos labios manan como armonías del cielo Dulcísimas promesas de amor y de consuelo: Palabras de esperanza, de caridad y fé.

Su voz ha conmovido las fibras de su alma Y desde aquel instante la bienhechora calma Como un vapor ligero de su conciencia huyó.

Ha visto en los reuener los de su fatal pasado Y arrepentida y triste sus culpas ha llorado Pensando en aquel hombre, que del perdón habló.

Ha visto en sus recuerdos los días de su inocencia En que se deslizaba tranquila su existencia Por entre hermosas flores de candida virtud.

¿Cómo volver á ellos? De súbito se lanza Movida de una idea. A un brinca una esperanza Que puede devolverle del alma la quietud.

Es él.... Aquel profeta de paz y de ventura Quien puede redimirla. Y á hablarle se apresura Confiada en sus promesas de gracia celestial.

Que desde el mismo instante feliz en que lo viera Todo su amor mundano, por él se convirtiera En un amor inmenso, sublime, divinal....

¡Ved!.... Ya se acerca al Justo. El pueblo que lo adora Apartate, le grita; aparta pecadora,

Que manchas con tu aliento su manto protector. Mas nada la detiene. Su pensamiento es santo, Su fé, su amor sublime, y baña con su llanto, Y cubre con mil besos los pies del Redentor....

Jesús, la vé á sus plantas, con su bondad eterna, Y lleno de clemencia, con una voz tan tierna Como de labio humano no brotará jamás:

—Levántate, la dice: tus súplicas escucho, Mujer. Yo te perdono, porque has amado mucho.... Vete en paz, Magdalena. Vete, y no peques más....

III

Alta la frente, la mirada límpida: Bañado el rostro de celeste calma, Tranquilo el corazón,

Pura, levanta al trono del Altísimo En las serenas alas de su alma Su fervida oración.

No la turbe en sus ardorosa súplica: Ya no es la misma impura cortesana Que el mundo despreció.

Su culpa, la ha borrado con sus lágrimas; La condenó la intolerancia humana, Jesús la redimió.

Era una estrella de colores vívidos Cuya lumbré empañó de nube oscura El funeral capuz:

Pero un rayo de sol brilló de súbito Y el velo hiriendo de la sombra oscura Le devolvió la luz.

Ah, no culpeis á la mujer que misera Cayó del torpe mundo en la asechanza, No la deis con el pie:

Dadle más bien la mano. Abridle anchísimas Las puertas del honor y la esperanza Y será lo que fué.

Que no sabeis si la infeliz fué víctima Del engaño cruel, que la sumiera En doloroso afán.

O si vencida por el hombre pérfido Su pureza tal vez á trueque diera De un pedazo de pan.

No habais bajado al fondo de su espíritu: No sabeis, triste y desolada, cuánto Lloró antes de pecar;

Y al fin rendida por el mundo misero Cayó, sin un sosten en su quebranto, Cansada de luchar.

Ah, no la maldigais, que es flor balsámica A quien el rayo abrasador enerva, Y empaña su matiz;

Mas pueden revivir sus blancos pótalos Al soplo del rocío, que aún coaserva Su savia en la raíz;

Dejadla amar: que es el amor espléndido Sol, que las almas ateridas llena De luz y de calor.

Recordad de la Biblia la alta página.... Recordad que á la pobre Magdalena La redimió el amor.

P. BONALDE.

LA IMAGEN MILAGROSA

CUANDO los saracenos invadieron la Península, también clavaron su orgullosa Media Luna sobre el Puig de Riapl, cerro altísimo que descuelta en la pintoresca Cataluña; pero sus habitantes tascaban á duras penas el funesto yugo. Un jóven pastor, llamado Mallent, se puso á la cabeza de un puñado de valientes para defender á su patria de la invasión extranjera.

Un día, desbandada su pequeña tribu, perseguido por los sectarios de Mahoma, se escondió en una pequeña cueva. La cueva estaba llena de estalactitas tan maravillosas que despidían los más brillantes resplandores, y á su reflejo Mallent descubrió una efigie del Niño Dios, que sin duda alguna, mano piadosa había escondido en aquel sitio. La cueva fué convertida por él y los suyos en capilla, y desde entonces les sonrió la victoria.

Más tarde, desalajados de todas partes los saracenos, Mallent mandó construir en aquel sitio una soberbia fortaleza, y no se olvidó de construir también en una de sus torres una capilla destinada á albergar la imagen milagrosa. Mandó venir á los artistas más afama-